

COLECCIÓN ANTROPOLOGÍA

HOMOEROTISMO, SOCIABILIDAD Y DISCRECIÓN

En el cuarto oscuro todos los gatos son pardos

HOMOEROTISMO, SOCIABILIDAD Y DISCRECIÓN

*En el cuarto oscuro
todos los gatos son pardos*

Juan Cornejo Espejo

uah/Ediciones
Universidad Alberto Hurtado

HOMOEROTISMO, SOCIABILIDAD Y DISCRECIÓN
En el cuarto oscuro todos los gatos son pardos

Juan Cornejo Espejo

Ediciones Universidad Alberto Hurtado
Alameda 1869 – Santiago de Chile
mgarciam@uahurtado.cl – 56-228897726
www.uahurtado.cl

Impreso en Santiago de Chile por C y C impresores
Primera edición abril 2022

Los libros de Ediciones UAH poseen tres instancias de evaluación: comité científico de la colección, comité editorial multidisciplinario y sistema de referato ciego. Este libro fue sometido a las tres instancias de evaluación.

ISBN libro impreso: 978-956-357-355-8
ISBN libro digital: 978-956-357-356-5

Coordinador colección Antropología
Koen de Munter

Dirección editorial
Alejandra Stevenson Valdés

Editores ejecutivos
Beatriz García-Huidobro

Diseño interior
Gloria Barrios A.

Diseño de portada
Francisca Toral

Imagen de portada: iStock



Con las debidas licencias. Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Índice

Prefacio	11
Consideraciones teóricas.	23
Homoerotismo	49
Sociabilidad	99
Opacidad y discreción.	143
Conclusiones.	175
Bibliografía	185

“En una ciudad alambrada de prejuicios, acartonada, vigilada, el deseo burla la vigilancia. Anida en lugares de penumbra, como parques, algunos cines, los baños turcos. El deseo es necesario para que respire la ciudad. Hay que soltar algunas perversiones y obscenidades para sobrevivir. Llenos de cámaras, de micrófonos, de policías a caballo y en moto, aun así, se permean deseos subterráneos que la ciudad necesita y merece para resistir el estrés paranoico del neoliberalismo”.

Pedro Lemebel, 2019

Prefacio

El sexo entre hombres es tan antiguo como el hombre mismo. A veces tolerado, en ocasiones exaltado y en otras tantas reprimido. Su porfiada existencia se explica, probablemente, porque remite a uno de los trazos más distintivos de la condición humana: el deseo. Y si bien a lo largo de la historia se lo ha intentado domesticar a través de complicados artificios normalizadores, moralizantes o discursivos, confinándolo a los más escondidos intersticios del alma humana, siempre se las arregla para aflorar libre, espontáneo, desreglado. Ni siquiera el dulzor de los afectos o del amor han conseguido someterlo por completo; el peso de la edad tampoco ha sido impedimento. En ocasiones adormecido, aletargado, en otras irrefrenable, imprudente, temerario, pero siempre presente, al acecho, como el ladrón de las parábolas evangélicas.

El texto que a continuación se presenta habla, precisamente, de esto, del deseo. Deseo homoerótico que franquea los controles, la censura, los temores e incluso la autorrepresión. Deseo que no sabe de razas, jerarquías u ordenamientos sociales. Deseo que se realiza y satisface en la carne, pero sin renunciar a la fantasía. Más allá de la maraña de explicaciones, admoniciones y reprimendas que en ocasiones despierta el deseo homoerótico en sociedades que lo niegan, invisibilizan y proscriben, el deseo irrumpe, en ocasiones, irrefrenable por los intersticios del alma humana. En las siguientes páginas, presentaremos relatos etnográficos que abordan, precisamente, ese deseo situándolo en el centro de la reflexión, cuyo escenario performático es un sauna del casco histórico de Santiago.

Este es un recinto peculiar no tanto por las prácticas homoeróticas que tienen lugar en sus dependencias que, por lo demás, no resultan muy diferentes a otras que acontecen prácticamente en todos los saunas de este tipo en el mundo, sino por los cruces, intersecciones y superposiciones de edades, oficios, identidades, condiciones sociales, colores y nacionalidades que matizan y mediatizan esos deseos homoeróticos. En

este templo del homoerotismo, los deseos se mezclan, sazonan o cultivan al compás de una plática desinteresada, entre miradas provocativas, curiosas o ingenuas, entre el recato y celo policíaco de quien no quiere ser descubierto y la desinhibición, el desparpajo o el exhibicionismo de quien cuida cada detalle para mostrarse, lucirse o provocar.

En este espacio surrealista, nos adentramos en un mundo con códigos, significados e incluso una ética propia. Nos interesaron las expresiones y manifestaciones del deseo homoerótico, pero también las particulares formas de sociabilidad y discreción que regulan, resguardan y protegen la realización de esos mismos deseos. En concreto, queríamos saber: ¿cómo se manifestaba el homoerotismo en un sauna gay de Santiago en términos de sociabilidad, discreción y erotismo, atendiendo las interseccionalidades, superposiciones y jerarquías que resultan de las singulares condiciones socioeconómicas, educacionales, raciales, etarias, de clase, de orígenes nacionales y de los roles sexuales que cumplían los frequentadores de ese espacio dedicado a los encuentros casuales entre hombres o *cruising*?

Para dar respuesta a esa interrogante, resultaba fundamental realizar etnografías de las prácticas sexuales efectivas que devienen del propio campo de observación. A este respecto, cabe resaltar que las prácticas sexo-efectivas se vienen estableciendo como un campo de pesquisa de la antropología contemporánea desde hace ya algún tiempo, explorando cómo es posible producir conocimiento de prácticas sexuales y eróticas que desafían los efectos políticos de la repugnancia y la transgresión (Barreto, 2016); esto es, prácticas que subvierten los mandatos de la heteronormatividad que limita la sexualidad y las expresiones erótico-afectivas a los relacionamientos heterosexuales, que en sus versiones más clásicas se ven reducidos a fines reproductivos y en posición de misionero (Borrillo, 2001; Preciado y Hocquenghem, 2009; Sáez, 2011; Accioly, Fonseca y Escoura, 2016; Barrientos, 2017). Vale decir, son trabajos que franquean los límites de lo considerado normal, moral, correcto o aceptable.

Abordan las maneras como se construyen subjetividades e identidades colectivas a partir de prácticas sexuales alternativas, identificando sus condiciones de producción, sus transformaciones y los discursos que los agentes utilizan para legitimarlas (Figari y Díaz-Benítez, 2009, p. 21).

En virtud de lo anterior, este libro puede ser entendido como una contribución a ese ámbito del conocimiento. El primer paso indagativo fue mapear los saunas gais y/o *friendly*¹ del Gran Santiago donde tenían lugar este tipo de prácticas alternativas, para luego centrarse en uno de ellos, describiendo y analizando las interacciones que se daban en el espacio escogido, las particulares formas de sociabilidad de los frequentadores, la forma cómo iban modelando sus identidades, el despliegue de estrategias de seducción y conquista, las negociaciones que establecían procurando satisfacer sus apetitos sexuales, la multiplicidad de prácticas erótico-sexuales y, por cierto, las relaciones de amistad y cariño que resultaban de esos encuentros.

Dicho en otros términos, mi interés se centró en analizar las formas de sociabilidad que resultan en espacios dedicados al sexo colectivo, donde los cuerpos son, a la vez, instrumentos y depositarios de placer que utilizan los saunas como territorios existenciales para la realización de sus prácticas y sus deseos. No menos relevantes, en este ejercicio etnográfico, son los procesos de construcción de subjetividades de los actores y de la micropolítica de los cuerpos, modelada por el deseo en esos escenarios. Como señala Deleuze y Parnet (1998), “el deseo es revolucionario porque siempre quiere más conexiones, más agenciamientos” (p. 53).

En esta misma línea es importante tener presente que el deseo es entendido aquí como voluntad, como algo que nos coloca en movimiento, lo que constituye nuestro interés por las cosas y afectos (Barreto, 2016). Como postula Rolnik (1989), el deseo debe ser comprendido como el proceso de producción de universos psicosociales, a la vez que movimiento de producción de esos universos. Es decir, como esta misma autora afirma, debemos estar atentos a las estrategias del deseo en cualquier fenómeno de la existencia humana, en nuestro caso las prácticas erótico-sexuales que tienen lugar en los saunas gais del Gran Santiago, pues una primera aproximación a estos lugares nos hace percibir que ellos están permeados por expectativas que giran en torno al deseo, motivo por el cual la estrategia adoptada en esta investigación apostó por un sondeo inicial de ese campo, convirtiéndolo en objeto e hilo conductor del análisis.

¹ El adjetivo tomado del inglés es usado en el medio gay para designar aquellos locales comerciales que si bien no orientados, exclusivamente, a un público LGBTI, se muestran tolerantes con sus expresiones erótico-afectivas.

Tal aproximación nos enfrentó, necesariamente, con una “antropología del deseo” (Perlongher, 1993), donde nos esforzamos por comprender la trayectoria del mismo junto con las peculiares relaciones que devienen de él.

Con todo, no se pueden obviar las complejidades que supuso tal empresa, especialmente porque esas relaciones de sociabilidad se dan en un contexto de prácticas sexuales consideradas “extremas” en la óptica heteronormada más corriente (Eribón, 2001; Guash, 2007; Preciado, 2009; Sáez, 2011; Preciado, 2015), sin contar que, por el reducido número de participantes del estudio, considerado el universo gay capitalino, no pueden aspirar a representatividad, ni tampoco dar cuenta de la totalidad de la vida de los frequentadores de los saunas, pues aquellas prácticas representan apenas una pequeña parcela o dimensión de sus vidas.

Aclarado lo anterior y con el propósito de acotar nuestro campo de estudio, además de proporcionar una descripción densa, de acuerdo a la comprensión de Geertz (1973), decidimos focalizarnos en un sauna declaradamente gay situado en el Barrio Brasil. La razón de ello es que, pese a que la capital cuenta con seis saunas declaradamente gais, uno mixto² y tres *friendly*³, optamos por uno donde se intersectan una serie de otras variables, que exceden la condición de espacio de sexo casual entre hombres, transformándolo en un singular y fascinante lugar de pesquisa.

Considerando que el contexto de la investigación eran los saunas gais, no podíamos obviar que los baños turcos o saunas, de acuerdo a la denominación contemporánea más corriente, fueron una continuación

² El citado sauna mixto, localizado en el Barrio Bellavista, difiere de los saunas gais tradicionales en que su clientela está constituida tanto por hombres como por mujeres, donde no solo se promueve el intercambio de parejas heterosexuales (*swinger*), sino también homosexuales y bisexuales. Vale decir, es un espacio donde el sexo casual es practicado indistintamente por heterosexuales y homosexuales, hombres y mujeres. Otra peculiaridad del espacio es que ofrece servicios de “masajes” (entiéndase comercio sexual) para hombres heterosexuales y homosexuales. El primero ofrecido por mujeres y el segundo por varones.

³ Los saunas *friendly* aluden a aquellos espacios que social y comercialmente se presentan como saunas frecuentados por hombres, cuyo objetivo fundamental es la higiene, el esparcimiento o la recreación. No obstante, donde se “tolera” que en sus instalaciones hombres desarrollen prácticas sexuales de distinta intensidad, que van de los simples toqueteos a las penetraciones pasando, por cierto, por las felaciones. Todo ello en medio de un clima de ambigüedad y discreción, donde la oportunidad y fugacidad de las prácticas sexuales se constituyen en elementos distintivos.

de los baños romanos y bizantinos que se extendieron por todo el mundo islámico-medieval, desde Oriente Medio hasta al-Andalus (Andalucía), transformados en centros de reunión social y recreación para sus frequentadores, a la vez que espacios de higiene, como ocurría en la antigua Roma (Aries, 1987; Enciclopedista, s.f.; Oasis Hamman, 2014; Valenzuela, 2015; El Español, 2017).

En estos ambientes que invitaban a la relajación, donde se solían limar asperezas y sociabilizar, también eran frecuentes los encuentros homoeróticos, motivo por el cual se suele afirmar que los Reyes Católicos los cerraron no porque se opusieran a la limpieza e higiene, sino para acabar con las prácticas sexuales que tenían lugar en sus dependencias (Origen baños turcos, 2015; Wikipedia, 2018).

Desde el siglo XVII gozaron de gran popularidad en todo el Imperio otomano. Fue en ese entorno donde los viajeros que visitaban el Imperio se convirtieron en asiduos frequentadores de los baños turcos o *hamman* (o *haman*), gusto que quisieron llevar a sus países de origen, esparciéndose y popularizándose en la Europa occidental decimonónica en plena era victoriana.

En el Reino Unido, Richard Barter abrió el primer baño turco moderno, inspirándose en el libro de David Urquhart (diplomático británico), titulado *The Pillars of Hercules*. En este libro, Urquhart narra sus viajes a España y Marruecos en la década de 1840, describiendo los baños turcos, tanto desde el punto de vista técnico de funcionamiento como de los rituales asociados al baño propiamente tal (Origen baños turcos, 2015; El origen del baño turco, 2017).

En el caso chileno, desde inicios del siglo XX, coincidente con el incipiente proceso industrializador del país, la migración campo-ciudad y la denominada “cuestión social” (Memoria chilena, s.f.; Salazar y Pinto, 2002; Reyes, 2010), se multiplicaron los “baños turcos” en la capital, orientados a satisfacer las necesidades de higiene de una creciente población que habitaba en cités o barriadas que no contaban con suficientes servicios higiénicos en sus viviendas.

Entre los más antiguos de que se tiene memoria (que aún sigue en funcionamiento pese a haber pasado más de un siglo y bajo varias administraciones), está el baño turco “Chacabuco”, dirigido originalmente a obreros, artesanos y pasajeros de la Estación Central. Desde sus inicios, este espacio de higiene y recreación fue frecuentado por jóvenes de

sectores pobres en procura de clientes a quienes ofrecer sus servicios sexuales. En la actualidad, esos servicios son prestados fundamentalmente por jóvenes migrantes.

No menos importante y, al igual que el anterior de larga data y con fines análogos, encontramos los “Baños Delicias”, situado en plena Alameda, próximo a la Estación Central, hoy ya desaparecido, y los “Baños Catedral”, localizado en la calle homónima cercano a la Plaza del Roto Chileno que, debido a la construcción de la Línea 5 del Metro, debió relocalizarse en el mismo Barrio Yungay, para posteriormente desaparecer. Estos espacios, que a la luz pública aparecían como lugares de higiene y esparcimiento, eran conocidos por los encuentros sexuales entre hombres y comercio sexual que allí se ejercía.

De la veintena de baños turcos que han existido en la capital desde la segunda mitad del siglo XX, varios de ellos hoy han desaparecido en virtud de las embestidas inmobiliarias y/o su reemplazo por los “saunas gais” (Juventus, Morandé, Santo Domingo, etcétera). En sus dependencias siempre hubo encuentros sexuales entre hombres, claro que de menor intensidad, como continúa ocurriendo en la actualidad en los denominados baños turcos “heteros” (Roma, Riquelme, Franklin, Miraflores, etcétera).

Con la vuelta a la democracia, pero particularmente con la derogación del Art. 365 del Código Penal (1998) que criminalizaba la sodomía, se comenzaron a multiplicar los espacios orientados al público LGBTI en el Gran Santiago. Entre estos espacios estaban los “saunas gais”. Es decir, espacios orientados específicamente a gais y a bisexuales donde, además de las tradicionales funciones de los clásicos baños turcos, se sumó la posibilidad de encuentros sexuales casuales entre hombres, claro que esta vez no de forma encubierta o subrepticia, sino como recurso publicitario y gancho comercial para los clientes. Esto es, con el cambio de siglo, se transita del baño turco al sauna gay, en tanto espacio recreativo proyectado para satisfacer los requerimientos sexuales de un creciente grupo de hombres.

A este respecto, cabe recordar que el primer sauna declaradamente gay que funcionó en la capital desde fines de los 90 hasta mediados de la primera década del siglo XXI, fue el sauna conocido por la calle donde se localizaba en la comuna de Provincia: “Ricardo Matte Pérez”, que cerró sus puertas por un amago de incendio y la competencia que

representó el surgimiento de otros saunas gais en la capital, tales como el “282”, “Mi tiempo” y el tristemente célebre sauna localizado en la calle Carlos Walker Martínez de Providencia, regentado por Sebastián Rodríguez, a quien se le acusó de extorsionar al juez Daniel Calvo el año 2003 en el contexto del caso Spiniak, situación que fue ampliamente divulgada por los medios de comunicación social de la época (*Emol*, 6 de noviembre de 2003; *La Tercera*, 6 de noviembre de 2016; *The Clinic*, 11 de enero de 2017).

Y si bien los encuentros furtivos siempre fueron parte de la cotidianidad de los baños turcos, como se apuntó anteriormente, con la irrupción de los “saunas gais” desde fines de los años 90, esos encuentros sexuales entre hombres pasaron a ser el aspecto característico de estos espacios.

Posteriormente, a inicios de la presente década, la oferta recreativa-sexual pareció expandirse con la irrupción de los saunas *friendly*; vale decir, saunas dirigidos a todo tipo de público, tolerantes del homoerotismo. Los más recientes son los saunas mixtos (*swinger*), es decir, saunas que acogen a hombres y mujeres con la misma finalidad que los anteriores, con la salvedad de que en el citado sauna santiaguino es posible desarrollar encuentros sexuales homosexuales y heterosexuales indistintamente⁴, además de contar con los servicios sexuales que ofrecen jóvenes de ambos sexos, en su mayoría migrantes.

Dicho lo anterior, hemos de referirnos a otra dimensión clave de la investigación y que, de alguna forma, está contenida en el propio título del libro: *Homoerotismo, sociabilidad y discreción. En el cuarto oscuro todos los gatos son pardos*. En el contexto de los saunas gais, el cuarto oscuro es el espacio por excelencia dedicado al sexo colectivo, donde el anonimato, el desborde de pasiones y las relaciones sexuales de alta intensidad⁵ se multiplican amparadas por la penumbra y la consecuente dificultad que implica el reconocimiento de los sujetos que suelen frecuentarlo.

⁴ Esta característica distingue a este sauna *swinger* santiaguino de otros localizados en otras latitudes, en donde el intercambio está limitado a las parejas heterosexuales.

⁵ Esta denominación alude a una suerte de graduación de las relaciones erótico-afectivas, que van desde las simples miradas de coqueteo y conquista hasta las penetraciones anales múltiples, pasando, por cierto, por las caricias, tocaciones, besos y felaciones. Las primeras corresponden a prácticas de baja intensidad, en tanto que las segundas a prácticas de alta intensidad. Esta última denominación es coincidente también con la conceptualización de Giddens (1998), que habla de “relaciones totales”.

Y si bien el cuarto oscuro no es exclusivo de los saunas⁶, se configura como un elemento distintivo de estos lugares de erotismo y sensualidad, donde no solo se funden y confunden los cuerpos, sino las propias identidades.

Es decir, un espacio donde se democratizan los deseos y se acrecientan las posibilidades de llevarlos a la práctica, como queda de manifiesto en el sauna elegido para el estudio, donde adicionalmente las interseccionalidades, superposiciones y jerarquías que resultan de las condiciones socioeconómicas, educacionales, raciales, etarias, de clase, de orígenes nacionales y de los roles sexuales, se tienden a desdibujar.

Esto es, un sauna que por su peculiar configuración permite que poblaciones que objetivamente tienen menos posibilidades de llevar a la práctica sus fantasías y deseos, en virtud de las exigencias de un medio gay que impone rígidos padrones estéticos y de performance sexual, sin contar con las limitantes económicas y sociales, incrementen sus posibilidades. Es decir, el cuarto oscuro representa en este contexto tanto la democratización de los deseos como la posibilidad efectiva de que sujetos que, por los condicionantes antes descritos, puedan aspirar a realizar esos mismos deseos.

Dicho de otro modo, en ese cuarto oscuro “todos los gatos son pardos”, en la medida de que todos se reconocen a la vez como sujetos deseantes y practicantes, obviando o relativizando ciertos marcadores sociales que, en otras circunstancias, probablemente, les restarían posibilidades de concretar esos mismos deseos y fantasías eróticas.

Esa constatación es la que explica, junto con el reducido costo de los ingresos, la fidelización de su clientela conformada mayoritariamente

⁶ Cuartos oscuros es posible hallar también en algunas discotecas y bares orientados al público gay. Una función análoga cumplen algunos cines porno-gais, dedicados a ese mismo tipo de frequentadores. En el caso chileno, la existencia de cuartos oscuros en discotecas y bares, así como de cines porno-gais, ha sido más bien puntual y esporádica. Lo más próximo han sido los denominados cines triple X, donde era común hasta inicios de los 2000 la exhibición de películas eróticas heterosexuales (no propiamente porno). En este sentido, cabe recordar que hasta los 90, prácticamente, la mitad de las salas de cine del centro de Santiago eran triple X. No obstante, solo en algunos de esos cines se daban relaciones sexuales de alta intensidad. Una parte importante de lo que ocurría en esos cines puede ser pesquisado a través de la prensa, especialmente la crónica roja, donde se daba cuenta de las redadas policiales que cada cierto tiempo tenían lugar en estos espacios, escudados en los artículos del Código Penal 365, que penalizaba la sodomía, y 373, que penalizaba los atentados al pudor y las buenas costumbres. En la actualidad, ese tipo de cines ha tendido a desaparecer, probablemente, motivado por la irrupción de las distintas aplicaciones y sitios webs dedicados a favorecer los encuentros sexuales ocasionales, particularmente entre los gays y bisexuales más jóvenes.

por hombres mayores, trabajadores del área de servicios o migrantes pobres, población que no solo tiene menos posibilidades de acceder a locales más exclusivos, sino también insertarse en los “circuitos del placer” que conforman, generalmente, gays jóvenes o adultos jóvenes de sectores sociales capitalinos más acomodados.

No obstante, esa no es la única posibilidad de interpretación que ofrece el título del libro, pues la propia asociación reduccionista que se suele hacer del sauna gay, en tanto espacio de sexo casual o *cruising*, está puesta en cuestión. Vale decir, sin desconocer que la primera motivación de sus frequentadores es la satisfacción de sus apetitos carnales, no se puede desconocer que el sauna representa, al mismo tiempo, un espacio de socialización, encuentro, esparcimiento y aun de afecto para una población marginal, estigmatizada que, pese a los cambios y apertura a la diversidad experimentados en las últimas décadas en el país, aún no goza de idénticos derechos que la población heterosexual.

En este sentido, el sauna es el espacio del erotismo, pero también del reconocimiento, de la identificación, de la amistad, del quiebre o al menos de la relativización de las jerarquías y marcadores sociales. Un espacio, como intentaremos mostrar a través de los relatos etnográficos, ambiguo, plástico, performático, donde los roles se subvierten, las apariencias pueden ser engañosas, las fantasías sexuales no encuentran más límite que la propia imaginación, los activos recalitrantes devienen en pasivos complacientes, las jerarquías se diluyen, las edades se confunden, la amabilidad se alterna con la ironía o el sarcasmo, el desenfreno sexual se matiza con la ternura. En definitiva, un espacio donde lo que aparece a primera vista no siempre es lo que suponemos pues, al igual como ocurre con el cuarto oscuro o la sala de vapor donde la penumbra o una cortina de vapor nos limitan la visibilidad permitiéndonos apenas adivinar algunas formas y figuras, el sauna en cuestión está envuelto en un halo de ambigüedad, donde nada es definitivo y donde la incerteza parece ser la única certeza.

En lo que respecta a la estructura del libro, hemos de señalar que en él se privilegia tanto el análisis conceptual que articula y orienta la observación etnográfica como el relato de las experiencias vividas durante los largos meses de inmersión en el campo de pesquisa. De este modo, la estructura propuesta se organiza del siguiente modo: un primer apartado donde se discuten y problematizan los conceptos que proporcionan

densidad teórica al libro, abordándose, en primer término, los desdoblamientos que devienen del sexo casual entre hombres o *cruising*, luego el encubrimiento entendido como estrategia que permite disfrutar del sexo casual sin la obligación de asumir una identidad disidente del orden heteronormativo y los consecuentes costos sociales, familiares y laborales asociados a esa decisión y, por último, los alcances e implicancias de una sociología/antropología de los sentidos, que inspira y orienta el abordaje etnográfico del trabajo de campo.

Un segundo apartado dedicado al método de investigación, donde se da cuenta no solo de las características de las técnicas utilizadas y de su aplicación, sino de las singularidades que implican las etnografías que remiten a prácticas sexuales de alta intensidad, tradicionalmente invisibilizadas y/o descalificadas por los mandatos de la heteronormatividad contenidos en discursos medicalizadores, criminalizantes y/o moralizadores. En este apartado también se abordan las exigencias que debe asumir el investigador en su inmersión en el campo, el cual debe recurrir a su propio cuerpo como herramienta de pesquisa, a la vez que adoptar formas creativas de interacción que desbordan o no se agotan en la entrevista convencional.

Es importante también señalar que los ejes sobre los cuales se construye el relato etnográfico, se configuran a partir de tres conceptualizaciones teóricas básicas, que guardan directa relación con el objetivo de la investigación, así como los ejes explicativos y ordenadores de las interacciones sociales que establecen los frecuentadores del sauna. Dichos conceptos son: “homoerotismo”, entendido como orientación del deseo, a la vez que representación de la abyección y condena que conlleva este tipo de prácticas; “sociabilidad”, entendida como particular forma de relacionamiento de los clientes del sauna resultantes tanto de las interseccionalidades, superposiciones y jerarquías, como del deseo y erotismo que los motiva; y “opacidad”, expresada en complicidad, discreción y recato, mandatos ineludibles que se imponen sobre esos mismos frecuentadores a modo de exigencia y auténtico código de honor implícito.

Siguiendo los mismos puntos nodales antes descritos, se presentan los relatos etnográficos. Cada uno de ellos se organiza atendiendo al respectivo punto focal que le sirve de hilo conductor y en el cual se describen episodios, conversaciones, observaciones y prácticas, recabados durante el trabajo de campo.

De acuerdo con este ordenamiento, en el cuarto apartado, titulado “Homeroatismo”, se describen las experiencias eróticas contenidas en estrategias de seducción y conquista, distintas prácticas sexuales, negociaciones e intercambio en torno a los roles a cumplir en el coito homosexual⁷, entre otros aspectos. En estrecha conexión con esas prácticas o como consecuencia de ellas, se configuran las identidades que emergen al alero de un entorno erotizado, dispuesto y pensado para satisfacer los apremios del deseo. Identidades plásticas, desencializadas que se crean y recrean permanentemente, donde las categorías y roles preestablecidos se subvierten e intercambian procurando dar cumplimiento a los apetitos sexuales.

Es decir, en un ambiente donde las convenciones sociales y jerarquías, así como el tiempo parecen suspendidos, es posible reconocer una serie de identidades fluidas que se acomodan y circulan de acuerdo a los requerimientos del momento (el macho dominador, el San Sebastián, el activo insaciable, el pasivo contumaz, el ano complaciente, el versátil, los voyeristas diletantes, los primerizos temerosos, los seductores empedernidos, los lenguaraces o los invidentes toqueteadores, entre otros). No menos relevantes resultan en la descripción las etnocategorías que ilustran, ejemplifican, significan y representan la cotidianidad del sauna.

En el quinto apartado, titulado “Sociabilidad”, se problematizan las distintas formas de sociabilidad o interacciones que establecen los frequentadores, así como las posibilidades de concreción de encuentros sexuales, situación que convierte a algunos en protagonistas y agentes activos de dichos encuentros y a otros en meros espectadores en un *continuum* donde es posible reconocer múltiples y variadas formas de participación.

En el sexto apartado, titulado “Opacidad y discreción”, se aborda el clima que rodea al sauna y protege a sus clientes del juicio social y moral externo. Dada la censura social que aún pesa sobre el homeroatismo en el país, sumada a la doble vida que mantienen muchos de los frequentadores, la complicidad, el recato y la discreción se convierten en norma inquebrantable, a la vez que código de honor para todos ellos. Y son, precisamente, los entramados y filigranas de ese código de honor los que se abordan en esta descripción.

⁷ Los roles sexuales guardan relación con la función que se cumple en el coito homosexual, es decir, el que penetra o “activo” y el que es penetrado o “pasivo”.

Terminados los relatos etnográficos se propone un apartado de conclusiones, donde junto con dar respuesta a la pregunta que orienta la investigación, se intenta reflexionar y discutir acerca de los aportes para la antropología de una pesquisa que tiene como eje transversal el deseo homoerótico. Es decir, se intenta pensar qué implica para la disciplina una “antropología del deseo”, como postula Perlongher (1993) o una “antropología de los sentidos” como la propuesta por Herzfeld (2001) y Simmel (2006), en tanto experiencias que, de algún modo, rompen con las formas convencionales de estar en el campo, coleccionar los datos e interactuar con los sujetos de estudio (“nativos”).